

ETEL Y EL MONTÓN DE PAJA

Era verano otra vez. Una vez más habían cortado el campo de trigo de dieciséis hectáreas. Y mejor de todo: había llegado la trilladora.

¡Cómo les gustaba a los niños observar esa máquina! No se cansaban de verla separar el grano en bolsas y soplar la paja que iba formando una gran montaña.

Para decir la verdad, era esa montaña de paja lo que más les gustaba, porque a medida que crecía y se hacía más y más grande, más y más alta, podían subir por sus costados y deslizarse hasta abajo entre nubes de polvo.

Este año estaban todos jugando en el montón, como costumbre, divirtiéndose a más no poder. Es decir, todos menos Etel. Ella, pobrecita, estaba cerca de la casa, bastante triste. Mientras miraba colina abajo, hacia el campo de trigo y la trilladora, y los otros chicos jugaban en la montaña paja, su corazón se sentía muy apenado.

- ¿Por qué no puedo ir a jugar yo también? -lloraba algo enojada.

- Ya te lo he dicho varias veces - dijo la mamá -Tú lo sabes bien. Acabo de terminar de arreglarte los cabellos si vas allá a jugar te vas a despeinar otra vez.

- ¡No me importa! -replicó Etel- Me gustaría tener el pelo negro y lacio como las demás chicas.

- Me encanta tu cabello -dijo la mamá -. En realidad, nunca lo has tenido más lindo.

Los rizos de Etel eran realmente hermosos, rubios y brillantes.

- ¡Lo odio! -lloraba Etel.

- Algún día te gustarán -decía la mamá.

La mamá entró a la casa, dejando sola a Etel que miraba el campo.

Muy pronto Etel decidió que podía ver mucho mejor lo que ocurría desde el pie de la colina que desde lo alto, de modo que decidió bajar. Caminó hasta la cerca para ver mejor. ¡Qué enorme era la montaña de paja! "Parecía que este año era más alta que nunca. ¡Como le gustaría deslizarse como los otros niños! ¡Ey! -se dijo a sí misma-. ¡Nunca la había visto tan empinada! Tiene que ser porque la hicieron apoyada contra el árbol este año.

Se quedó mirando el costado más empinado de la pila, cuando se dio cuenta de que los otros chicos no lo habían descubierto todavía. ¡Ella podía ser la primera en deslizarse por allí!

La tentación era demasiado grande. Corrió rápidamente hasta la cima, gritó: ¡Ey, chicos!"... y desapareció. Lo que Etel no había visto era el agujero en el medio de esa enorme pila de paja, un agujero que iba directamente hasta el fondo.

Allí fue a dar, encontrándose en un oscuro y polvoriento hueco bajo las arqueadas ramas del árbol.

Muy asustada, empezó a moverse rápidamente de un lado a otro de su prisión, levantando tanto polvo que apenas podía respirar.

Trató entonces de cavar una salida con sus manos, pero los agujeros se llenaban de paja con la misma rapidez con que los hacía. Para entonces estaba tosiendo y ahogándose con el polvo que llenaba su boca y sus pulmones. Sabía que si seguía allí unos minutos más podría morir sofocada.

Fue entonces que le pareció escuchar una voz que le hablaba, y ella tuvo la seguridad de que era su ángel guardián.

-¡Tranquilízate! ¡Mira hacia arriba! -decía la voz- Tendrás que salir de la misma forma en que entraste.

Etel alzó la vista y allí, muy alto sobre ella, pudo ver un trozo de cielo azul. Aquí y allá había ramas que sostenían la paja lejos del tronco del árbol. De pronto se le ocurrió una idea: "Si pudiera subir por esas ramas, podría salir viva de aquí".

Comenzó a trepar. Iba muy lentamente, porque tenía que detenerse a cada momento para poner su cabeza bajo el brazo y poder respirar. Había momentos cuando sólo la paja

que presionaba contra su cuerpo, impedía que volviera a caer. Poco a poco siguió subiendo hasta que llegó a la copa del árbol. Allí sacó sus manos por encima de la paja, confiando en que alguien podría verla.

Alguien la vio; por que los hombres que estaban trillando, junto con los niños, habían empezado a hacer lo posible por rescatarla. ¡Cuán bueno era sentir las manos firmes y fuertes de esos cosechadores tomar las suyas! Un momento más tarde la izaban fuera de su prisión.

Daba pena verla. Su vestido roto, su rostro rasguñado, su hermoso y enrollado cabello lleno de polvo: daba lástima verla.

"Sé que me merecía una paliza -me dijo tiempo después -, pero Mamá tan sólo me tomó en sus brazos y sus lágrimas comenzaron a caer por mis cabellos rizados. Cada vez que recuerdo el incidente, y cuán cerca estuve de la muerte, la quiero tanto que nunca, nunca podría desobedecerle otra vez".